**EL COHETE DE PAPEL**

Había una vez un niño cuya mayor ilusión era tener un cohete y dispararlo hacia la luna, pero tenía tan poco dinero que no podía comprar ninguno. Un día, junto a la acera descubrió la caja de uno de sus cohetes favoritos, pero al abrirla descubrió que sólo contenía un pequeño cohete de papel averiado, resultado de un error en la fábrica.

El niño se apenó mucho, pero pensando que por fin tenía un cohete, comenzó a preparar un escenario para lanzarlo. Durante muchos días recogió papeles de todas las formas y colores, y se dedicó con toda su alma a dibujar, recortar, pegar y colorear todas las estrellas y planetas para crear un espacio de papel. Fue un trabajo dificilísimo, pero el resultado final fue tan magnífico que la pared de su habitación parecía una ventana abierta al espacio sideral.

Desde entonces el niño disfrutaba cada día jugando con su cohete de papel, hasta que un compañero visitó su habitación y al ver aquel espectacular escenario, le propuso cambiárselo por un cohete auténtico que tenía en casa. Aquello casi le volvió loco de alegría, y aceptó el cambio encantado.

Desde entonces, cada día, al jugar con su cohete nuevo, el niño echaba de menos su cohete de papel, con su escenario y sus planetas, porque realmente disfrutaba mucho más jugando con su viejo cohete. Entonces se dio cuenta de que se sentía mucho mejor cuando jugaba con aquellos juguetes que él mismo había construido con esfuerzo e ilusión.

Y así, aquel niño empezó a construir él mismo todos sus juguetes, y cuando creció, se convirtió en el mejor juguetero del mundo.

**LA PRINCESA DE FUEGO**

****Hubo una vez una princesa increíblemente rica, bella y sabia.**Cansada de pretendientes falsos que se acercaban a ella para conseguir sus riquezas**, hizo publicar que se casaría con quien le llevase el regalo más valioso, tierno y sincero a la vez. El palacio se llenó de flores y regalos de todos los tipos y colores, de cartas de amor incomparables y de poetas enamorados.**Y entre todos aquellos regalos magníficos**, descubrió una piedra; una simple y sucia piedra. Intrigada, hizo llamar a quien se la había regalado. A pesar de su curiosidad,**mostró estar muy ofendida cuando apareció el joven**, y este se explicó diciendo:

- Esa piedra representa lo más valioso que os puedo regalar, princesa: es mi corazón. Y también es sincera,**porque aún no es vuestro y es duro como una piedra**. Sólo cuando se llene de amor se ablandará y será más tierno que ningún otro.

El joven se marchó tranquilamente, dejando a la princesa sorprendida y atrapada. Quedó tan enamorada que llevaba consigo la piedra a todas partes,**y durante meses llenó al joven de regalos y atenciones**, pero su corazón seguía siendo duro como la piedra en sus manos. Desanimada, terminó por arrojar la piedra al fuego; al momento vio cómo se deshacía la arena,**y de aquella piedra tosca surgía una bella figura de oro**. Entonces comprendió que ella misma tendría que ser como el fuego, y transformar cuanto tocaba separando lo inútil de lo importante.

Durante los meses siguientes, la princesa se propuso cambiar en el reino, y como con la piedra, dedicó su vida,**su sabiduría y sus riquezas a separar lo inútil de lo importante**. Acabó con el lujo, las joyas y los excesos, y las gentes del país tuvieron comida y libros. Cuantos trataban con la princesa salían encantados por su carácter y cercanía, y su sola prensencia transmitía tal calor humano y pasión por cuanto hacía,**que comenzaron a llamarla cariñosamente "La princesa de fuego"**.
Y como con la piedra, su fuego deshizo la dura corteza del corazón del joven, que tal y como había prometido, resultó ser tan tierno y justo que hizo feliz a la princesa hasta el fin de sus días

**EL GRAN LÍO DEL PULPO**

Había una vez un pulpo tímido y silencioso, que casi siempre andaba solitario porque aunque quería tener muchos amigos, era un poco vergonzoso. Un día,**el pulpo estaba tratando de atrapar una ostra muy escurridiza**, y cuando quiso darse cuenta, se había hecho un enorme lío con sus tentáculos, y no podía moverse. Trató de librarse con todas sus fuerzas, pero fue imposible,**así que tuvo que terminar pidiendo ayuda a los peces que pasaban**, a pesar de la enorme vergüenza que le daba que le vieran hecho un nudo.

Muchos pasaron sin hacerle caso, excepto un pececillo muy gentil y simpático que se ofreció para ayudarle a deshacer todo aquel lío de tentáculos y ventosas.**El pulpo se sintió aliviadísimo cuando se pudo soltar**, pero era tan tímido que no se atrevió a quedarse hablando con el pececillo para ser su amigo, así que simplemente le dió las gracias y se alejó de allí rápidamente; y luego se pasó toda la noche pensando que había perdido una estupenda oportunidad de haberse hecho amigo de aquel pececillo tan amable.
Un par de días después, estaba el pulpo descansando entre unas rocas,**cuando notó que todos nadaban apresurados**. Miró un poco más lejos y vio un enorme pez que había acudido a comer a aquella zona. Y ya iba corriendo a esconderse, cuando vio que el horrible pez ¡estaba persiguiendo precisamente al pececillo que le había ayudado!.**El pececillo necesitaba ayuda urgente**, pero el pez grande era tan peligroso que nadie se atrevía a acercarse. Entonces el pulpo, recordando lo que el pececillo había hecho por él,**sintió que tenía que ayudarle como fuera**, y sin pensarlo ni un momento, se lanzó como un rayo, se plantó delante del gigantesco pez,**y antes de que éste pudiera salir de su asombro**, soltó el chorro de tinta más grande de su vida, agarró al pececillo, y corrió a esconderse entre las rocas. Todo pasó tan rápido,**que el pez grande no tuvo tiempo de reaccionar**, pero enseguida se recuperó. Y ya se disponía a buscar al pulpo y al pez para zampárselos, cuando notó un picor terrible en las agallas, primero, luego en las aletas, y finalmente en el resto del cuerpo: y resultó que era un pez artista que adoraba los colores, y la oscura tinta del pulpo ¡le dió una alergia terrible!

Así que el pez gigante se largó de allí envuelto en picores, y en cuanto se fue,**todos lo peces acudieron a felicitar al pulpo por ser tan valiente**. Entonces el pececillo les contó que él había ayudado al pulpo unos días antes, pero que nunca había conocido a nadie tan agradecido que llegara a hacer algo tan peligroso. Al oir esto, los demás peces del lugar descubrieron lo genial que era aquel pulpito tímido, y no había habitante de aquellas rocas que no quisiera ser amigo de un pulpo tan valiente y agradecido.

**EL CANGREJO MÁS TEMIDO**

No había nadie en aquella playa que no hubiera oído hablar de Pinzaslocas, terror de pulgares, el cangrejo más temido de este lado del mar.**Cada año algún turista despistado se llevaba un buen pellizco que le quitaba las ganas de volver**. Tal era el miedo que provocaba en los bañistas, que a menudo se organizaban para intentar cazarlo. Pero cada vez que creían que lo habían atrapado reaparecían los pellizcos unos días después, demostrando que habían atrapado al cangrejo equivocado.

**El caso es que Pinzaslocas solo era un cangrejo con muy mal carácter**, pero muy habilidoso. Así que, en lugar de esconderse y pasar desapercibido como hacían los demás cangrejos,**él se ocultaba en la arena para preparar sus ataques**. Y es que Pinzaslocas era un poco rencoroso, porque de pequeño un niño le había pisado una pata y la había perdido. Luego le había vuelto a crecer, pero como era un poco más pequeña que las demás,**cada vez que la miraba sentía muchísima rabia**.

Estaba recordando las maldades de los bañistas cuando descubrió su siguiente víctima. Era un pulgar gordísimo y brillante, y su dueño apenas se movía. ¡Qué fácil! así podría pellizcar con todas sus fuerzas. Y recordó los pasos: asomar, avanzar, pellizcar, soltar,**retroceder y ocultarse en la arena de nuevo**. ¡A por él!

Pero algo falló. Pinzaslocas se atascó en el cuarto paso.**No había forma de soltar el pulgar**. El pellizco fue tan fuerte que atravesó la piel y se atascó en la carne. ¿Carne? No podía ser, no había sangre. Y Pinzaslocas lo comprendió todo: ¡había caído en una trampa!

Pero como siempre Pinzaslocas estaba exagerando.**Nadie había sido tan listo como para prepararle una trampa con un pie falso**. Era el pie falso de Vera, una niña que había perdido su pierna en un accidente cuando era pequeña. Vera no se dio cuenta de que llevaba a Pinzaslocas colgado de su dedo hasta que salió del agua y se puso a jugar en la arena. La niña soltó al cangrejo,**pero este no escapó porque estaba muerto de miedo**. Vera descubrió entonces la pata pequeñita de Pinzaslocas y sintió pena por él, así que decidió ayudarlo, preparándole una casita estupenda con rocas y buscándole bichitos para comer.

¡Menudo festín! Aquella niña sí sabía cuidar a un cangrejo. Era alegre, divertida y, además,**lo devolvió al mar antes de irse**.

- Qué niña más agradable -pensó aquella noche- me gustaría tener tan buen carácter. Si no tuviera esta patita corta…

Fue justo entonces cuando se dio cuenta de que a Vera no le había vuelto a crecer su pierna,**y eso que los niños no son como los cangrejos y tienen solo dos**. Y aún así, era un encanto. Decididamente, podía ser un cangrejo alegre aunque le hubieran pasado cosas malas.

El día siguiente,**y todos los demás de aquel verano**, Pinzaslocas atacó el pie de Vera para volver a jugar todo el día con ella. Juntos aprendieron a cambiar los pellizcos por cosquillas y el mal carácter por buen humor. Al final,**el cangrejo de Vera se hizo muy famoso en aquella playa aunque**, eso sí, nadie sospechaba que fuera el mismísimo Pinzaslocas. Y mejor que fuera así, porque por allí quedaban algunos que aún no habían aprendido que no es necesario guardar rencor y tener mal carácter, por muy fuerte que un cangrejo te pellizque…

**EL APRENDIZ**

Hace muchísimos años, en una lejana ciudad del Medio Oriente, vivía un anciano que tenía tres hijos. Sabiendo que no los acompañaría mucho tiempo, decidió enviar al mayor donde un famoso carpintero para que aprendiera todos los secretos de este oficio.

 El joven partió sin muchas ánimos y, pocos días después, regresó diciendo que el camino era muy duro y el lugar a donde debía llegar muy lejano.

 El viejo, entonces, pensó en el segundo. Dándole su bendición, lo despidió una mañana.

 Pasaron varias semanas y cuando el carpintero ya imaginaba al muchacho llegando a su destino, una tarde lo vio aparecer en la puerta de su casa. El muy irresponsable había malgastado el dinero que llevaba en el primer pueblo al que llegó. El padre estaba desilusionado. Viéndose tan triste, el más joven se ofreció a realizar el recorrido. A la mañana siguiente, muy temprano, partió. Tardó mucho, pero, finalmente, llegó al taller del famoso carpintero.

 Al entrar, encontró dormido al anciano. Viendo que había gran desorden en el lugar, sin despertar al maestro, comenzó a arreglar y limpiar el taller. Cuando ya casi terminaba, el viejo despertó y qué contento se puso. Sabía que en él tendría a un aprendiz cortés y trabajador.

 La primera labor del joven fue afilar todas las herramientas. Tardó más de un día, y cuando terminó, junto a su maestro se internó en el bosque en busca de un árbol de cedro. Al hallarlo, comenzó su segunda tarea. Debía cortarlo con cuidado. La labor no fue sencilla, pero, al cabo de tres días, lo había logrado. El maestro estaba satisfecho y el aprendiz también. Lo siguiente que hizo fue quitar las ramas y la corteza del árbol para poder utilizar su madera. Con esta madera, el maestro le indicó que debía fabricar más de cien cajas perfectamente cuadradas. El joven, con gran paciencia y mucho esfuerzo, efectuó el trabajo. Esta vez tardó casi un mes. Cuando lo hizo, ya tenía una nueva tarea.

 En el patio del taller estaban todos los muebles que el anciano había construido. Debía desarmarlos uno por uno, teniendo especial cuidado en examinar cada una de las piezas. El muchacho, con mucha dedicación, siguió las órdenes de su maestro. Casi un mes después había cumplido su misión a la perfección.

 Viendo su trabajo, el maestro lo felicitó y le pidió un último favor:

 - Con todos los muebles desarmados -le dijo- ahora no podré usarlos. ¿Crees tú que podrías volver a armarlos?

 El joven sabía que sí. Sin perder la paciencia y el buen humor inició su nueva tarea. Tres meses después había terminado. Entonces el maestro, exclamó:

 - Ahora ya no hay nada más que yo pueda enseñarte. De ti depende seguir aprendiendo. Regresa a tu hogar, que por tu gran respeto, comprensión, gentileza y

alegría, Dios te recompensará.

 Y el joven regresó a su ciudad, al lado de su orgulloso padre. Muchos años después, José, aquel joven carpintero, reparaba una mesa en su taller cuando su esposa lo llamó. María acababa de terminar de cocinar. Entonces, sonriendo al mirar a su hijo, su pequeño ayudante, le dijo:

 - Vamos, Jesús. Es hora de comer.

 Jesús dejando todo se fue a comer con sus padres.

**UN DÍA SIN ELECTRICIDAD**

- **A**ntonio, ven que han llegado tus abuelos - llamó la mamá de Antonio.

- ¡Ya voy! - contestó y salió de su cuarto dejando la luz y la radio encendidas.

- ¡Cuántas veces te he dicho que no desperdicies la luz! - le dijó su mamá.

- ¿Qué importa? - contestó Antonio y se fue donde sus abuelos; los saludó y se sentó.

- No deberías desperdiciar la electricidad - le dijo su abuelo -. Tú tienes la suerte de tenerla. Cuando nosotros teníamos tu edad no teníamos televisor, ni radio, ni juegos de video, ni...

- ¡Qué aburrido! - interrumpió Antonio y se paró -. Me voy a dormir - dijo y se fue a su cuarto.

Antonio se echó en la cama y se quedó dormido rápidamente. Se despertó temprano y quiso prender la luz pero no encontró el interruptor, sólo una lámpara de aceite.

- ¡Qué raro! - pensó, se vistió y se fue a la cocina donde encontró a su mamá planchando la ropa con una plancha de carbón.

- Buenos días, hijo - le dijo -. ¿Podrías ir a comprar leña? - y le entregó unas monedas de plata.

- ¿Para qué? - preguntó Antonio.

- Para la cocina, ¿para qué creías?

- le contestó - y apúrate que ya es tarde.

Antonio salió caminando y vio que no había un solo poste de luz, ni ningún semáforo o aviso luminoso.

- ¿Qué es esto? - pensó.

Vio una bodega que tenía un letrero que decía "Leña". Entró y salió cargando varios trozos de madera.

Después de un rato llegó a su casa y le dio a su mamá la leña. La comida demoró mucho y después de comer fue a su cuarto a jugar con sus video juegos; pero en su lugar encontró un trompo, lo cogió y lo tiró por la ventana, luego se echó a su cama a leer unas revistas.

Ya eran casi las siete cuando su papá entró a su cuarto y le dijo:

- Es hora de dormir, hijo.

- ¿Qué? - reclamó Antonio -. ¿A las siete?

- Claro - contestó su papá y le cerró la puerta dejándolo a oscuras.

Antonio cogió un fósforo y trató de encender su lámpara, pero ésta se prendió y a la vez prendió la cama, después se empezaron a prender las paredes y la mesa. Antonio salió corriendo del cuarto y en ese momento se cayó de su cama despertándose asustado. Se paró y prendió el interruptor de la luz que al instante se prendió.

- ¡Luz! - exclamó y salió de su cuarto, pero esta vez desenchufó la radio y apagó la luz.

  **Rodrigo Malnati**

**UN ÁNGEL MUY ESPECIAL**

 **H**abía una vez un ángel que vivía en un castillo todo de nubes, en compañía de otros angelitos.

Y mientras Dios no los llamara para ningún mandado, los ángeles jugaban a la escondida por el cielo o remendaban nubes rotas.

Una tardecita de verano el ángel estaba pintando una nube con acuarela, cuando de pronto oyó la gran voz de Dios:

- Ángel... hijito mío... ¿me oyes?

El corazón del ángel se alborotó de alegría. No era para menos.

- ¡Dios! grito el ángel... ¡Dios me llama!

Y dicho esto bajó por un tobogán celeste hasta llegar a su castillo.

Entonces se estiró la ropa, peinó sus alas y se lavó la cara. Después voló feliz hasta la gran Casa del Padre.

Dios miró al ángel con mucho cariño, y el angelito se llenó de luz.

- Ven para acá, te estoy necesitando para un mandado.

- ¡Siempre listo, mi Señor... ! dijo el ángel.

Dios señaló a la Tierra...

- ¿Ves aquella ciudad?

Cuando Dios señaló el lugar, las nubes se corrieron obedientes. Entonces pudieron ver claramente aquella ciudad. Era bastante gris. Estaba llena de casas, una encima de la otra. La gente andaba apurada, y mientras miraban el reloj pulsera de reojo, entraban y salían de un lugar a otro. Las calles estaban llenas de autos y colectivos.

- Ya veo, mi Señor... -comentó el ángel-. ¿Hay que plantar algún rosal?

Dios hizo que no con la cabeza.

- Hay que ir a visitar un matrimonio que tiene...

- ¡Ya sé... ! Tienen un hijo, y yo voy a ser un ángel guardián... ¿verdad? Pero Dios agregó:

- Es un matrimonio sin hijos. Cuidan un perro pekinés.

El angelito abrió los ojos así de grandes. Su corazón se asustó. ¿Acaso lo mandarían a cuidar un perro pekinés?

Entonces Dios vio la trompa del ángel, y sonrió. En seguida le dijo en secreto:

- Bsss... bsss... bsss... Y a medida que Dios explicaba su plan misterioso, la cara del ángel se iba iluminando como una naranja. Es que el plan de Dios siempre es un misterio. Muy pocos pueden descubrirlo.

Se entusiasmó tanto, que ahí nomás le dio a su Dios un ruidoso beso. Después partió.

Al llegar al lugar señalado por Dios, espió por la ventana.

Entonces vio: Un perrito descansaba muy triste sobre un almohadón de seda. A su lado tenía dos galletas, un terrón de azúcar y un plato con leche. Un señor rogaba al animalito:

- ¡Vamos, hijito! toma un poco de leche... mira que está tibia... ya viene mamita con el churrasco... no te hagas rogar...

Pero el perro miraba para otro lado, haciéndose el orgulloso.

Por una rendija de la ventana salió olor a churrasco. Entonces Gorosito tomó la punta del humo con olor a churrasco, y fue llevándola... llevándola... Allá abajo, en la vereda, había un chico.

No tenía mamá ni papá. Estaba solito en el mundo. Andaba por esas calles a la buena de Dios. Un día pedía limosna... otro día lustraba zapatos... y casi siempre tenía hambre.

Pero justo en ese momento ¡OH, misterio del amor! el chico sintió un aroma muy rico. Era un olorcito a churrasco que le hizo recordar que tenía mucha hambre. Fue... como si alguien invisible lo estuviera tomando de la nariz, y lo levantara por el aire... y lo pusiera en camino... y lo hiciera tocar un timbre...

- ¿Quién es? dijo el señor.

- Hola. Buen día... dijo el chico sonriendo. Tengo un poco de hambre...

Entonces el señor miró hacia adentro, y vio al perrito. Y miró hacia afuera y vio al chico que sonreía. Y se le apretó un poquito el corazón.

- ¡Ven hijo! Pasa... dijo el señor. Cuando el chico entró, el perrito se levantó y se puso a hacerle fiestas. Claro.

Lo que pasaba es que el perro pekinés estaba cansado de que lo confundieran con un ser humano, él quería su lugar de perro en el mundo. Al oír los ladridos juguetones, se asomó la señora desde la cocina y vio: Un perrito, un niño y un papá.

Desde aquel día un chico tuvo un hogar, una mamá y un papá, y un perrito para jugar... y hasta un ángel guardián y en el rostro de Dios Padre floreció una sonrisa.